

VOLTAIRE : EL POEMA SOBRE EL DESASTRE DE LISBOA O EXAMEN DEL AXIOMA "TODO ESTÁ BIEN"

Andrea Pac

UNPA

El *Poema sobre el desastre de Lisboa* de Voltaire contiene,¹ además de la expresión de consternación por el desastre mismo, una argumentación contra el optimismo y una protesta por la existencia del mal en general. El mal existe; he ahí un hecho indiscutible. Más aún, para Voltaire, éste es casi un axioma que, como tal, no puede ser explicado por otras verdades –razón por la cual toda argumentación racional está desde el comienzo destinada al fracaso–, pero cuya desconsoladora verdad no puede pasar a los ojos de los hombres sin justificación para su sufrimiento, ni escándalo para el clima optimista de la época.

En su *Poema*, Voltaire ofrece una enumeración de las justificaciones del mal que se han intentado. De todas ellas, nos detendremos en la justificación del mal por el pecado, primero; en segundo lugar, se tomará la discusión sobre si el mal podría haber sido excluido de la creación por la potencia o la voluntad divinas y las implicaciones que esto tiene con respecto al optimismo de tipo leibniziano; finalmente, se tomará el mal como signo de la finitud humana.

1. " ...el hombre nació culpable y Dios castiga a su raza" (verso 149)

Es una concepción extendida la que ve el mal como consecuencia del pecado. Sin embargo, Voltaire rechaza la distinción tradicional entre mal físico y mal moral. A este respecto, cabe recordar el artículo "Du bien et du mal-physique et moral" de su *Dictionnaire Philosophique: Le mal moral, sur lequel on a écrit tant de volumes, n'est au fond que le mal physique. Ce mal moral n'est qu'un sentiment douloureux qu'un être*

¹ Este poema, al igual que el *Poema sobre la Ley Natural*, la carta de Rousseau a Voltaire a propósito de la publicación de ambos poemas, y algunas otras cartas relativas al tema del mal, han sido consultados en la edición de Alicia Villar, *Voltaire-Rousseau en torno al mal y la desdicha*, Madrid, Alianza Editorial, 1995. También se consultó la edición en francés de ambos poemas *on line*: Pierre Perroud, *Athena e-text*, Voltaire, *Poème sur le Désastre de Lisbonne*, version rtf., 1997-1998 en http://un2sg.unige.ch/athena/voltaire/volt_lis.rtf; Pierre Perroud, *Athena e-text*, Voltaire, *Poème sur la Loi Naturelle*, version html., 1997-1998, en http://un2sg.unige.ch/athena/voltaire/volt_loi.html.

Para los artículos del *Dictionnaire Philosophique* se consultó la edición *on line* de *Oeuvres* www.voltaire-integral.com [13/10/2004].

*organisé cause à un autre être organisé.*² De este modo, la “maldad” moral queda reducida, en lo tocante al que la padece, al dolor físico y, en lo que respecta al agente, a la ignorancia o la intolerancia.³ Así, el mal no es otra cosa que un sufrimiento causado ya por otro individuo, ya por una circunstancia natural. Esta reducción del mal moral al físico, desarma los intentos de justificar los dolores o las catástrofes como el terremoto mediante o bien la naturaleza caída propia del hombre, o bien los pecados habituales de los hombres. Con respecto a lo primero, nuestro autor considera absurda la doctrina de la transmisión del pecado original, absurdo que le parece más patente en el caso de los niños. En efecto, el artículo sobre el pecado original de su *Dictionnaire* se refiere extensamente a esta cuestión, y centra su discusión en que ni Cristo recomienda la práctica del bautismo para evitar la condena de las almas de los neonatos si llegaran a morir, ni se trata de una práctica habitual en los tiempos del cristianismo primitivo.⁴ Este rechazo radical del pecado original, pues, subyace a su reclamo:

“¿Qué crimen, qué falta cometieron esos niños?” (verso 19)

Más aún, en todo caso, si la caída fuera aceptada como argumento para justificar el mal, la misma no abonaría la posición del optimismo sino la volteriana; “Pues si *todo está bien*, si todo ha sido como debía ser, entonces no existe una naturaleza caída”.⁵

El pecado, en suma, no es entendido como un acto que ofende a Dios o sus preceptos y por el cual los hombres se harían merecedores de un castigo –bajo la forma del mal físico en la Tierra, o del tormento en el más allá-, sino simplemente, un daño que un hombre inflige a otro hombre. En consecuencia, si los hombres no se hacen merecedores de castigos “divinos” por sus ofensas a Dios, es imposible explicar las catástrofes de la naturaleza mediante este argumento. De ahí que Voltaire se pregunte:

² Voltaire, “Du bien et du mal, physique et moral”, *Dictionnaire Philosophique*, ed. cit.

³ Esto último no se desprende del poema ni del artículo por sí mismos, pero el desarrollo de esta idea excede los límites de esta presentación. Se puede mencionar, por ejemplo, cómo en el artículo “Tolérance” del *Dictionnaire*, la tolerancia aparece como remedio de la discordia, “le grand mal du genre humaine”.

⁴ Recurre, también, a una efectiva ironía, imaginando la situación en la que un teólogo explicase a un gentil la doctrina de que los niños recién nacidos son culpables por el pecado de Adán.

⁵ Cf. carta a Bertrand del 18 de febrero de 1756, ed. cit., p. 246.

*“Lisboa, que ya no existe, ¿tuvo acaso más vicios
Que Londres, o París, sumidos en las delicias?” (versos 21 y 22)*

Y, más adelante, insista:

*“¿Acaso el universo entero, sin esa sima infernal,
sin engullir a Lisboa, hubiera estado peor?” (versos 43 y 44) .*

2. *“Un sofista arrogante nos dice que pudo [Dios evitar el mal]; “Podía, dice el otro, y no quiso hacerlo; Lo querrá, sin duda” (...)” (versos 143-5)*

A estos “sofistas arrogantes”, autorizado por su sensibilidad⁶, Voltaire pregunta en su *Poema*:

*“¿Estáis seguros que la causa eterna
Que hace y conoce todo, que creó todo por ella,
No podía arrojarnos en esos tristes climas
Sin formar volcanes encendidos bajo nuestros pasos?
(...)
¿El artífice eterno no tiene en sus manos
Infinitos medios, prestos a sus designios?” (versos 45-52).*

Y, también:

*“Pero, ¿cómo concebir un Dios, la bondad misma,
Que prodigó sus bienes a sus amados hijos,*

⁶ Sobre esta “superioridad moral” que Voltaire se atribuye a sí mismo, cf., por ejemplo:

“Respeto a mi Dios, pero amo al Universo.

Cuando el hombre osa gemir por un desastre tan terrible,

No es en modo orgulloso, es sensible” (versos 57-59).

Derramara sobre ellos los males a manos llenas?” (versos 132-5)

Sabemos por la carta dirigida por Rousseau a Voltaire con motivo de su *Poema*, que aquél prefiere sacrificar la omnipotencia de Dios a su bondad⁷: aceptar la existencia de Dios lleva por fuerza a admitir esta última. Es por eso que éste acepta el optimismo leibniziano y sostenga que, en el conjunto, y salvo por los vicios humanos, todo está bien⁸. En cambio, Voltaire sigue poniendo el acento en los males particulares más que en el bien de conjunto, y rechaza la respuesta leibniziana que satisface a Rousseau.⁹

*“Leibniz no me enseña por qué nudos invisibles,
Un desorden eterno, un caos de desdichas,
Mezcla nuestros vanos placeres con dolores reales,
Ni por qué el inocente, así como el culpable
Sufren por igual ese mal inevitable”(versos 169-174).*

El único sentido que, según el artículo “Bien, tout est bien” del *Dictionnaire*, Voltaire podría conceder a un tal optimismo consistiría en que todas las cosas están sujetas a leyes inmutables; esto es, el único sentido que tendría la sentencia sería el de una observación sobre la *existencia* de un orden natural, pero no el de una *valoración positiva* del mismo. Más aún, la naturaleza misma muestra que, de someterlo a un juicio valorativo, el mismo no saldrá bien parado.¹⁰ En consecuencia, no sólo la pregunta sigue

⁷ Cf. carta de Rousseau a Voltaire del 18/8/1756, ed. cit., p. 186.

⁸ Rousseau acepta el bien general de la naturaleza, pero reprueba duramente el mal que es obra de la civilización. Sobre esta oposición, cf. entre otras obras, la “Confesión de fe del vicario saboyardo” del *Emilio*: “¡El cuadro de la naturaleza no me ofrece sino armonía y proporciones, el del género humano sólo me ofrece confusión, desorden!” (Madrid, EDAF, 1985, traducción de Luis Aguirre Prado, p. 320).

⁹ Sobre su desacuerdo con la posición leibniziana, cf. el artículo “Bien, tout est bien” del *Dictionnaire Philosophique*.

¹⁰ Cf. Al respecto los siguientes versos:

“Así gimen todos los miembros del mundo;
Todos nacidos para los tormentos, perecen uno por el otro;
Y en ese caos fatal queréis componer
De las desdichas de cada ser ¡una dicha general!
¡Qué felicidad! Oh, mortal, débil y miserable.
Gritáis: «todo está bien» con una voz lamentable,

en pie a pesar del orden, sino que además el hombre tiene *pleno derecho* a formularla: *Il faut avouer du moins que ce chétif animal a droit de crier humblement, et de chercher à comprendre, en criant pourquoi ces lois éternelles ne sont pas faites pour le bien-être de chaque individu.*¹¹

Ahora bien, en este mismo artículo, la perplejidad por el sufrimiento alcanza, como se señaló más arriba, al orden de la Providencia divina. En efecto, Voltaire considera absurdo esperar que los filósofos -o, menos aún, los teólogos- den una respuesta satisfactoria al reclamo; el único que podría hacerlo es Dios.¹² Pero Dios no responde y recurrir a la Providencia para justificarlo es, según el artículo referido, una “execrable impostura”. Por eso, en el *Poema*, Voltaire insiste en que no está ni negando la Providencia divina, ni “murmurando” o “alzándose en su contra” (versos 228 y 222, respectivamente). No obstante, no ahorra ironías contra los que se manifiestan más optimistas en este respecto, sugiriendo consuelos para los desdichados de Lisboa:

“Vuestros hogares se destruyeron para la felicidad del mundo;

Otras manos construirán vuestros palacios en ruinas,

Otros pueblos nacerán en vuestros muros destruidos,

El Norte se enriquecerá con vuestras pérdidas fatales;

Todos vuestros males son un bien en las leyes generales” (versos 62-66)

3. *“O bien Dios nos prueba, y esta morada mortal / No es más que un pasaje angosto hacia un mundo eterno” (versos 143 – 116).*

Pero lo más insoportable del mal no es el silencio de Dios, sino la conciencia que de él tiene el hombre:

El Universo os desmiente y vuestro propio corazón

Cien veces ha refutado el error de vuestro espíritu.

Elementos, animales, humanos, todo está en guerra” (versos 117 – 125).

¹¹ “Bien, tout est bien”, *Dictionnaire Philosophique*, ed. cit..

¹² Cf.:

“La Naturaleza está muda y en vano se la pregunta;

Se necesita un Dios que hable al género humano.

Sólo a Él corresponde explicar su obra”(versos 163-165)

*“Los frondosos robles que se incendian por el rayo,
No sienten los golpes que los destrozan:
Mas yo vivo, yo siento, y mi corazón abatido
Pide auxilio al Dios que lo ha formado.
Hijos del Todopoderoso, pero nacidos en la miseria,
Extendemos las manos hacia nuestro Padre común.
Ya sabemos que el cántaro no pregunta al alfarero:
“¿Por qué soy tan vil, tan débil y tosco?”
No tiene palabra, no tiene pensamiento;
Esa urna que al formarse cae quebrantada,
No recibió un corazón de manos del alfarero
Que deseara los bienes y sintiera su desdicha” (versos 85-96)*

Así pues, Voltaire sostiene en estos versos que el hombre sería el único ser de la creación para el cual existe el mal, dado que lo percibe. Ni las plantas, ni las rocas, ni los animales conocen el mal, aunque puedan percibir dolor.¹³ Pero los hombres conocen su propia condición y, por ello, la padecen triplemente: porque sufren el dolor, porque saben que lo sufren, porque saben que su condición incluye el mal y no obtienen una respuesta de por qué existe.

Ésta es la condición humana: el sitio más privilegiado en la “cadena del bien” no es sino el más “privilegiado” en la cadena del dolor. Voltaire dice compartir esta condición de dolor con “todos los seres sintientes” (verso 107), pero dado que ningún otro animal sabe lo que saben los hombres sobre ella, en el fondo, no puede compartirla con nadie -ni siquiera con otro hombre, al menos en cuanto a la *experiencia* del mal. Así, el mal podría resumirse en la condición que, en términos filosóficos, podemos identificar como “conciencia de la finitud”:

*“Pero átomos pensantes, átomos cuyos ojos,
Han medido los cielos, guiados por el pensamiento;*

¹³ Esto se sugiere en la descripción de la “cadena de dolor” en los versos 109-118.

Arrojamos nuestro ser en el seno del infinito,

Sin poder vernos ni conocernos un momento” (versos 203-206).

Los hombres, que se saben finitos por la existencia del mal, no encuentran la respuesta para su propia finitud ni en sí mismos, ni en la naturaleza -que, no obstante, pueden conocer-, ni en Dios. Ante este enigma cruel, Voltaire concluye que sólo se puede apelar a la esperanza.